

María Ángeles Maeso



María Ángeles MAESO (Valdanzo, Soria, 1955) Años atrás, profesora de Lengua y Literatura; coordinadora de programas socioculturales en campos de marginación social; colaboradora del Instituto Cervantes, con artículos sobre lenguaje y de equipos editoriales para la elaboración de guías didácticas. Su obra poética aparece recogida en numerosas antologías, entre ellas las dos primeras de la editorial Hiperión sobre poesía escrita por mujeres (años 1985 y 1997) y la más reciente: *Poesía de la conciencia crítica*, (1987-2011) Ed. Tierra de nadie, Madrid, 2013, a cargo de Alberto García-Teresa. Ha publicado los poemarios: *Sin Regreso*, Premio de Poesía Jorge Manrique, 1990, (Obra Cultural de Caja España, Palencia, 1991); *Trazado de la Periferia*, (Ed. Vitruvio, Madrid, 1996); *El bebedor de los arroyos*, (Ed. Huerga y Fierro, Madrid, 2000); *Vamos, Vemos*, Premio de Poesía León Felipe, (Ed. Celya, Salamanca, 2003); *Basura mundi*, (Ed. Huerga y Fierro, 2008) y *¿Quién crees que eres yo?* (Ed. Huerga y Fierro, 2012). También ha publicado los siguientes de narrativa: *La voz de la Sirena*. Premio de cuentos "Teresa León" 1986, (Colección Villalar, Valladolid, 1987); *Perro*, (Ed. Huerga y Fierro, 2004) y *Los condes del No y No* (infantil) (Editorial Mare Nostrum, 2006)



Primavera nuevamente

*La flor señala el crimen
con callado rubor.*

Blanca Varela

Hora a hora el suelo se está abriendo.
Lo saben la piel del alma y la de un zapato.
Lo saben en las afueras de Madrid y en Barcelona
y aquí, cada labrador lo sabe.

Vamos, vemos que obstinadas hierbas
y nervios diminutos,
entre un corazón de roca, abren su senda.

Hora a hora, un insignificante tallo
se atreve cada marzo
a mirar de abajo arriba,
atraviesa el granito o el asfalto,
sortea la metralleta, el peso del tractor
y el de las terribles miradas...

Simplemente asoma,
y en el aire deja su denuncia y su convocatoria.

Vamos, vemos que sucede a cada hora.

Sólo es el imperio quien desprecia cuanto ignora.

(De *Vamos, vemos*)

Darwin, míranos

He ahí los caminos de ceniza,
los ondulantes rastros de los reptiles,
sus brillantes escamas reveladas con retraso.
La orden de demolición y derribo.

He ahí los signos de color tenaza,
las firmas mataselladas, el sobre
depositado en el buzón
por los mismos dedos de la excavadora.

Mira, Darwin, cuán cerca del aullido
cae el diccionario
y cómo vuelven al carbón
los restos del brillante.

Despiden de mil en mil. Como en una página de Zola
va hacia abajo la mirada, en bolsas
que miran de soslayo la flor de las cunetas,
la sima vislumbrada por Sísifo en un grito
que da miedo repetir.

(De *Basura mundi*)





Veinte gramos de resistencia.
Sólo es una golondrina
en el cable del funambulista.

No será preciso ningún disparo:
Es un excedente de la cuadrilla,
el obstáculo interno de las fábricas.

No está hecha de excesos
como el gran albatros,
ni son superfluas sus alas.
Sólo parece exagerado su impávido mirar.
Sobrantes sus horas extras de equilibrio.

A ratos mira el rastro de los que huyeron
y a veces, escucha en los tapias
un clamor de loza o huesecillos
que repica en su tambor del pecho.

Con el pasado es fácil perder pie
y ella parece esperar algo
que aún tiene que dar la cara.

De vez en cuando ladea el cuello
y mira como si no llevara nada encima,
como quien ya no se pregunta
por dónde ha llegado a esto.

Sabe que no será preciso ningún disparo:
Bastará un simple dedo del pie dormido,
una trampa más del horizonte por acercarse
y la gota contenida en el lagrimal
será una tonelada. No asomará.

Así te alcanza su canción
de apenas veinte gramos.
Así, en las descargas eléctricas del mutismo,
se moverán los labios de quien ya no ves.

El infinito a nueve bajo cero.
Por alguna ladera, imposible de ver,
el romero o el tomillo aún podrían decir algo
y hasta el aleteo del gorrión sería audible.

Pero esta noche, el infinito es cero coma nueve
nueve nueve nueve nueve
nueve nueve nueve nueve... bajo cero.

Disparan, ¿quién dispara, quién
en este miércoles de pasión,
cae en la plaza Sintagma
y aquí mismo taja la cuerda de recados
y rompe los espejos?

¿Cómo se le echa el lazo
a este insaciable ovíparo que no cede?
El nudo. Pero, si era un jubilado enfermo
¡qué parezca un accidente, un suicidio!
Eso ha dicho el hacedor del hambre
y las tinieblas y luego:
El FMI está profundamente triste.

¿Cómo estarlo tú?
¿Y quién crees que eres tú?
No hay preguntas.
Eso han dicho. No hay preguntas.
No es hora de preguntas. Lo sabemos.
Ya no es hora de preguntas.

¿Por qué la pregunta, Yanis Ritsos,
si nueve veces bajo cero, y
más abajo, más hondo, dentro de la corrompida
agua y el barro
se abren paso el trigo y las palabras
que suben las persianas
como si ya fuéramos a andar...?

(De *¿Quién crees que eres yo?*)

